

El pueblo originario de Cuba: ¿UN LEGADO OLVIDADO O IGNORADO?

Para nuestra suerte, a pesar de las disposiciones reales, el nombre indígena de nuestro país se preservó, *Cuba*, que en las lenguas aruacas significa 'tierra cultivada', vocablo utilizado por los monjes para significar el "paraíso", el "edén" en las traducciones que se hicieron de la *Biblia* a diversas lenguas aruacas suramericanas.

Así, pues, a nuestro abuelos "indios" debemos el nombre de nuestra patria.

Por ANTONIO MARTÍNEZ FUENTES y JULIA LEIGH RADOMSKI

La cultura cubana consiste en una mezcla de culturas, construida paulatinamente por los procesos de transculturación ocurridos en la compleja historia del archipiélago. Ciertamente existe la creencia que durante la conquista y colonización, la población primigenia de Cuba fue exterminada por completo y a partir de esta propuesta se asume por la inmensa mayoría de los cubanos y cubanas que nuestra cultura de hoy tiene poco que ver con los pueblos originarios, esos pueblos misteriosos y perdidos en el tiempo, interpretación que con frecuencia algunos historiadores han contribuido a reforzar.

El primer censo realizado en Cuba tuvo lugar en 1774 y no deja de ser cierto que en él no aparecen registrados los "indios" cubanos. También se conoce que Alejandro de Humboldt, llamado erróneamente, en nuestra consideración, el segundo descubridor de Cuba, no tuvo contactos con ellos en sus andares por nuestras tierras, lo cual no significa que no llegaron a sobrevivir al genocidio tras buscar refugio en intrincadas e inaccesibles regiones.

Sergio Valdés Bernal, lingüista cubano, en su obra *En torno a los remanentes del aruaco insular en el español de Cuba*, de 1984, asevera: "Por otra parte, el impuesto y sangriento proceso de transculturación, de mestizaje biológico y cultural, generó una población criolla de origen indígena, que constituyó el primer sustrato de nuestra nación. Por tanto, lo que realmente ocurrió fue un etnocidio demográfico, no un genocidio cultural: lo "indio" se preservó en nuestro "ajjaco" en toda una serie de manifestaciones culturales y en nuestra lengua nacional."

Pero, de hecho hay numerosas evidencias de que las huellas bioculturales de estas poblaciones sobre-

viven en Cuba hasta nuestros días. Usamos, incluso, muchas de sus manifestaciones culturales, tangibles e intangibles, en nuestra vida cotidiana, pero no reconocemos sus orígenes. Algunos estudiosos afirman que sus creencias religiosas sobreviven en mitos populares y en el sincretismo de las llamadas religiones afrocubanas, y está demostrado que aún existen comunidades de descendencia aborígen que preservan sus genes y que podemos encontrar también en los otros componentes "raciales" del archipiélago.

El poblamiento antiguo de Cuba

Los más recientes estudios realizados en el importante sitio arqueológico Canimar Abajo, Matanzas, por antropólogos y diferentes especialistas de la Universidad de La Habana, con la colaboración de otros centros del país, han demostrado que Cuba tiene una presencia humana que data de más de siete mil años de antigüedad. En el libro *Art and archaeology of pre-Columbian Cuba*, de los autores cubanos Ramón Dacal Moure y Manuel Rivero de la Calle, publicado en 1995, aparecen otros fechados importantes, entre los que se encuentran sitios arqueológicos de notable antigüedad para Cuba como la Cueva Funche, de 4 700 años A.P. y Levisa, de 5 140 años A.P. En la actualidad el poblamiento precolombino de las islas caribeñas sigue siendo una cuestión controvertida. Evidencias geográficas, arqueológicas y lingüísticas fueron durante muchos años los argumentos esgrimidos para discutir sobre las posibles rutas migratorias hacia Cuba, las frecuencias de las migraciones y sus puntos de partida.

En esa época geológica conocida por Holoceno, el nivel del mar era más bajo y las costas del Caribe

eran más extensas, con mucha menos distancia entre las islas. Los primeros grupos probablemente llegaron a las Antillas en canoas desde Venezuela y Colombia en oleadas migratorias sucesivas, otros autores han planteado que podrían haber llegado desde Yucatán, Centroamérica y América del Norte.

En la necesidad que ha tenido el ser humano para denominar las diferentes épocas, etapas o momentos de su propia historia evolutiva, biológica y cultural, constatamos la diversidad de criterios y periodizaciones elaborados en el transcurso del tiempo hasta nuestros días. Unas ya están en pleno desuso, otras son más empleadas y no resultan pocas las que pugnan por imponerse. Aquí pueden influir numerosos factores de carácter objetivo y otros subjetivos, los cuales no entraremos a discutir en este artículo por no ser parte de nuestro propósito, pero si es menester aclarar que con mucha frecuencia la diversidad de sistemas clasificatorios trae aparejadas muchas confusiones y hasta errores en el momento de hacer estudios comparativos.

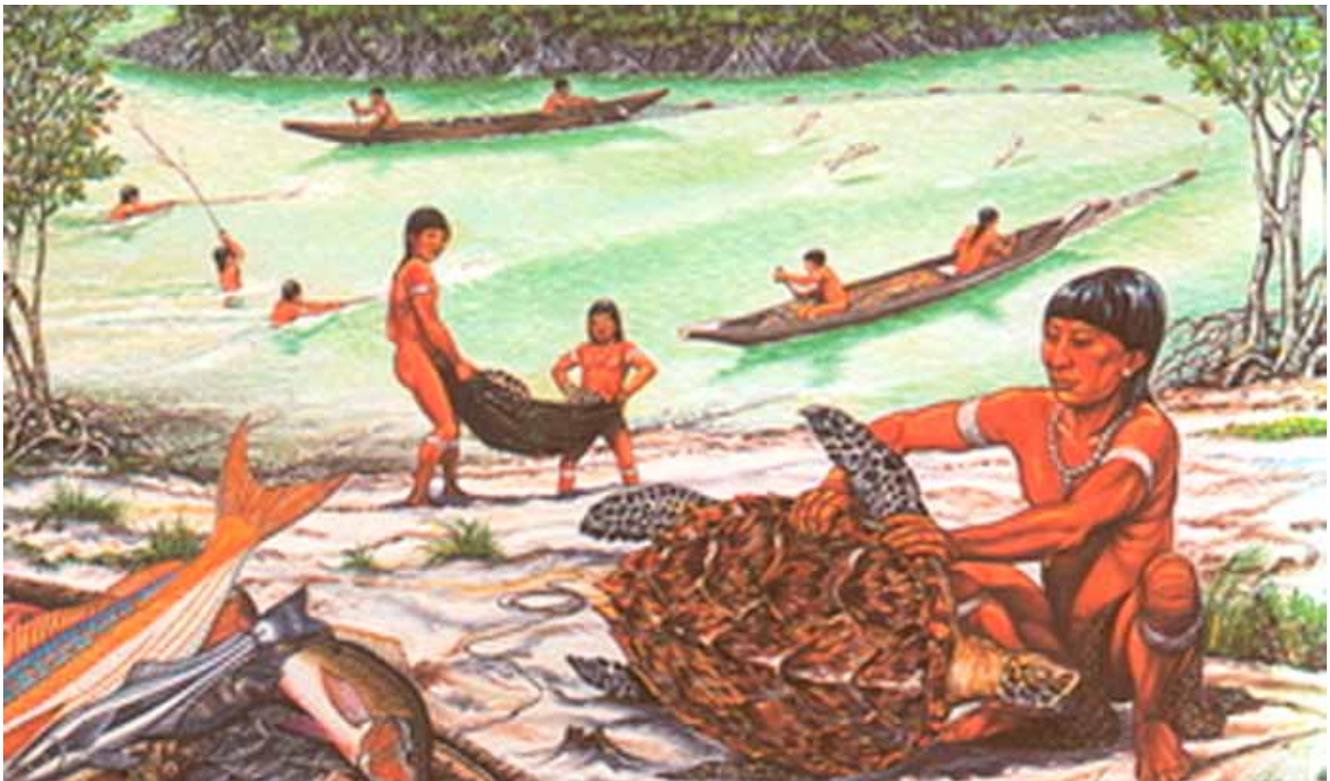
Existe en nuestro país una obra extensa donde sobresalen destacadas figuras de las ciencias antropológicas, históricas y naturales como Felipe Pichardo Moya, Rene Herrera Fritot, Carlos García Robiou, Manuel Rivero de la Calle, Ramón Dacal Moure, Ernesto Tabío y Estrella Rey, entre otros, que contribuyeron con clasificaciones de los aborígenes de Cuba, además de un grupo de investigadores contemporáneos que continúan abordando esta problemática.

La literatura recoge nombres tales como Guanahatabeyes, Ciboneyes, Taínos, Subtaínos, Ceramistas, Preceramistas, Preagroalfareros, Agroalfareros, Paleoindios, Mesoindios, Paleolíticos, Apropiadores tempranos, Apropiadores, Apropiadores medios, Apropiadores tardíos, entre otros muchos. Para los interesados en profundizar en este tema recomendamos consultar el No. 20, del 2009, de la revista *Catauro*, publicada por la Fundación Fernando Ortiz.

Según cifras dadas por los antropólogos Jesús Guanche y Antonio J. Martínez Fuentes, al comienzo de la ocupación española la población indoamericana era estimada en unas 100 000 personas, pero hoy día se piensa que es posible que llegara hasta 700 000. Aproximadamente el 10 por ciento era recolector y el 90 por ciento practicaba la agricultura.

El cruento encuentro

Cristóbal Colón arribó a las costas cubanas en 1492, pero no fue hasta finales de la primera década del siglo XVI que se inició con toda crueldad el amargo proceso de conquista y colonización. A partir de entonces se impone un periodo de esclavitud donde los aborígenes fueron divididos entre jefes españoles en el sistema de encomienda y repartimiento. Trabajaban en las lavadoras de oro y estancias, y fueron supuestamente evangelizados. La gran mayoría de ellos murió de hambre y enfermedades durante este trabajo forzado, pero tam-



La comunidad aborígen cubana más desarrollada era agroalfarera y vivía en bohíos y caneyes.

**DE LAS ENTRAÑAS
DE LA ISLA**

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

bién hubo resistencia por medio de suicidios en masa y rebeliones. Muchos escaparon y hasta se unieron en palenques junto con esclavos africanos.

En 1542 las Leyes Nuevas proclamaron a los aborígenes “vasallos libres”; pero esto no se aplicó hasta 1553. Después de la mitad del siglo XVI, pocos documentos oficiales hacen referencia a la población india. Los que se incorporaron a la sociedad española, frecuentemente en el servicio domestico, se consideraban como blancos. García Molina en su estudio *Los aborígenes cubanos: leyenda de una extinción*, de 1996, apunta que otros fueron reconcentrados por la fuerza en “pueblos de indios” como Guanabacoa, El Caney, Jiguaní y Caridad de los Indios. Estas comunidades fueron supuestamente protegidas, pero durante los siglos XVIII y XIX sufrieron usurpaciones de tierra que les forzaron a desplazarse hacia zonas más aisladas y menos productivas.

Cuando vinieron los primeros españoles a Cuba, la inmigración fue casi enteramente masculina. Por lo tanto la mezcla biológica con mujeres aborígenes (consensual o no) fue una necesidad para la reproducción. Más tarde se mezclaron con esclavos africanos. La primera transculturación de la isla fue entre españoles y amerindias, aunque muchos de los hijos de estas parejas luego fueron asimilándose a la cultura española predominante, según García Molina.

Por otra parte, la mezcla entre africanos y amerindios fue también muy importante. Se unían en comunidades marginadas, como palenques y “pueblos de indios”, o en las capas bajas de las sociedades coloniales. Por ejemplo, Jiguaní era un refugio para esclavos escapados e indoamericanos en el siglo XVIII. Los africanos procedían de diferentes etnias, como la bantú, la yoruba, la carabalí, arará, mandinga, ganga, y macuá. Para Daisy Fariñas Gutierrez en *Religión en las Antillas* (1994), estos grupos culturales tenían un nivel de desarrollo parecido al taino: agrícola, con un nivel bajo de jerarquización y creencias animistas-totémicas. Además, ambos grupos eran excluidos de la prosperidad y el poder en la sociedad española dominante. Por lo tanto, su unión y transculturación resultaba lógica.

Remanentes indígenas en Cuba

Las informaciones provenientes del siglo XVI comenzaron a sustentar la hipótesis del exterminio casi total del indígena, esta tomó tal fuerza que ha llegado hasta nuestros días a pesar de estudios que muestran lo contrario, falacia que se ha repetido a lo largo del tiempo. Así, el indocubano se convierte en el gran ausente de nuestra historia. En los últimos tiempos diferentes enfoques históricos y aportes antropológicos

vienen contribuyendo a mostrar una perspectiva más cercana a la realidad.

Distintos trabajos realizados por investigadores cubanos y foráneos ofrecen valiosos datos antropológicos (métricos, morfológicos, genéticos, culturales, etc.) de los descendientes de los primigenios habitantes de nuestro archipiélago, estudiados en los siglos XIX y XX en la región oriental, especialmente en la provincia de Guantánamo, aunque también en las provincias de Santiago de Cuba y Granma. Estas investigaciones contribuyen además a desprejuiciarnos de la aseveración según la cual los indios cubanos fueron totalmente exterminados.

Según Rivero de la Calle, esta población fue reportada, por primera vez, por el geógrafo español Miguel Rodríguez Ferrer (1815-1889), en 1847, y décadas más tarde, en 1875, por el etnólogo alemán Adolph Bastian, quien realizó estudios antropométricos en algunos de sus miembros en la zona de El Caney, actual provincia de Santiago de Cuba. En el año 1892 Luís Montané y Dardé visita la entonces provincia de Oriente, motivado por el interés en conocer acerca de la supervivencia, después de cuatro siglos, de los caracteres indígenas. Allí estableció contacto con un indio llamado José Almenares Agüello, que manifestaba tener 108 años y decía que sus antecesores eran del mismo lugar. Montané realizó el estudio antropológico correspondiente y lo presentó en el Congreso Científico Internacional de Buenos Aires, celebrado en 1911. Los resultados de su investigación los vertió en el artículo titulado *Supervivencia en Cuba del tipo étnico indio precolombino*.

De acuerdo con Rangel Rivero, en 1900 el norteamericano Stewart Cullin organizó una expedición a Baracoa con el objetivo de encontrar “indios salvajes”, y en 1902 publicó *The Indians of Cuba*, donde expuso las características somatoscópicas indígenas que presentaba la población que allí residía, sus tradiciones y el utillaje prehispánico que poseían como legado. Cullin dejó “constancia fotográfica de la población y en particular del señor José Almenares Agüello, quien fue bautizado por Montané como el último cacique taíno de la región. Montané lo trajo a La Habana, donde falleció a la edad de 105 años.”

Otro norteamericano, Mark Harrington, visitó diversos lugares de Cuba entre 1915 y 1919. Harrington entró en contacto con los descendientes de los indígenas cubanos y llevó además abundante material arqueológico a los Estados Unidos, así como una buena colección de fotos de los habitantes del lugar en las que se aprecian sus características somatoscópicas y las actividades derivadas del legado aborigen. Estos materiales se conservan aún en la Smithsonian Institution, de Washington. Harrington encontró descendientes no solo en Santiago de Cuba, pues estableció contacto también con un grupo que vivía en el extremo oriental, en Maisí, en la región del lago La Patana.



Reconstrucción de un poblado taíno en Cuba.

En el año 1952 el genetista estadounidense R. Gates demostró la existencia de estos descendientes y su mestizaje con blancos, negros y chinos, en una época en que muchos investigadores negaban su existencia. Gates realizó sus estudios en la zona de El Caney, en Caridad de los Indios, en Baracoa, en Yara, cerca de Guantánamo y en Preston. Los resultados pueden ser consultados en el artículo "Studies in race crossing. The indians remnants in Eastern Cuba," publicado en la revista norteamericana *Genetic* en 1954.

En 1964 los departamentos de antropología de la Universidad de La Habana y de la Academia de Ciencias de Cuba organizaron una expedición antropológica a los entonces municipios de Yateras y Guantánamo, en la cual participaron además científicos del extinto campo socialista de la Europa del Este. El propósito de ese trabajo fue realizar un amplio estudio de los descendientes de los aborígenes de Cuba en la referida zona, y fue visitada una parte de las familias que habían sido analizadas por Gates, además del estudio de otras familias de campesinos, también con características indias, de las zonas de San Andrés, Monte Verde, Palenquito, Caridad de los Indios, La Escondida y La Chivera.

El profesor Rivero de la Calle en su importante obra *Las culturas aborígenes de Cuba*, que salió a la luz en 1966, mostró que dichas familias estaban constituidas por individuos que presentaban un tipo físico bien definido, distinto del resto de la población que les rodeaba y que: "La combinación de todas se corresponde con las del tipo físico de la gran raza mongólica o asiático-americana." y "difiere completamente de otros tipos mongoloides llegados a Cuba en migraciones posteriores como los chinos, por ejemplo, y los indios yucatecos y sus descendientes que viven en la región de Madruga."

En un resumen elaborado por el propio profesor Rivero de la Calle, con fecha no definida pero que obedece al estudio realizado en Yateras en 1973, señala: "Se concluyó que la población se encuentra muy mestiza-

da y que no existen diferencias significativas entre los que se denominaron "puros" y los mestizos de estos con los europoides. Se pudo conocer también que la población es bastante homogénea por tratarse de un grupo que se mantuvo aislado hasta una fecha relativamente reciente." "El estudio serológico demostró que los genes indios alcanzan aproximadamente un 30% en la población. No obstante este mestizaje, el tipo morfológico que hemos considerado como indio ofrece en sus parámetros antropométricos y características somatoscópicas, una gran similitud con los que se conocen de las poblaciones americanas del norte de Venezuela..." "Pudo conocerse también por el estudio histórico realizado que esta población es descendiente en su mayoría de la antigua comunidad del Caney, y que no se trata de descendientes de yucatecos como habían señalado algunos autores."

En 1973 el doctor Rivero de la Calle elaboró un documento (no publicado) que explica el trabajo de genealogías realizado en familias con rasgos aborígenes del municipio Yateras. Se efectuaron 127 genealogías a familias de Caridad de los Indios, La Sierra, Lagunitas, La Ranchería, Curialitos, Bernardo, La Redonda, Palmar de Güines, Las Coloradas, La Escondida, La Cobrera, San Andrés, Pinar de Ceiba y Misceláneas. Realizaron también estudios de tipo histórico sobre el poblamiento de la zona a través de entrevistas realizadas a diversas personas, entre ellas a Antonio Lescaille Ramírez (91 años), de Felicidad de Yateras, y Ladislao Ramírez Rojas, quien contaba con 110 años de edad, aproximadamente. Se entrevistaron además con tres de sus hijas y consultaron los archivos de los juzgados de Jamaica y Felicidad de Yateras, donde revisaron los libros de nacimientos de 1884 y 1895 y de defunciones de principios del siglo XX.

Existe otro documento depositado en nuestros archivos, confeccionado por Rivero de la Calle con fecha 2 de marzo de 1981, donde se detallan los resultados del recorrido con fines antropológicos llevado a cabo por la provincia Granma entre los días 23 y 28 de febrero de ese año. Describe el profesor que en Yara se localizaron cinco familias con "características indias" y que posteriormente en el Caney de las Mercedes, en el centro escolar Camilo Cienfuegos, donde había casi seis mil niños, "...comprobó que las áreas donde aparecen más descendientes de indios, de acuerdo a los 68 muchachos que se localizaron, son: Cienaguilla, Campechuela, Minas del Fío, Frío de Agua, San Lorenzo y Jiguaní, aunque hay descendientes esparcidos por casi toda la provincia, pero especialmente hacia las regiones cercanas a la Sierra Maestra."

En el artículo de Oscar Tejedor Álvarez "Permanencia del aborígen cubano en nuestra población," publica-

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

do en la revista *Inicios* en 1987, se notifica sobre los habitantes de ascendencia indígena que viven dispersos en algunas zonas de Guantánamo. En ese trabajo podemos conocer acerca de la existencia de núcleos de marcados rasgos autóctonos y cuyos apellidos son solo dos: Ramírez y Rojas, con un simple linaje que data del siglo XVI, cuando Manuel Rojas, sobrino de Diego Velázquez y encomendero en la zona de Baracoa, contaba con dotaciones de esclavos “indios” y Miguel Ramírez, primer obispo de Santiago de Cuba y protector de los indios, realizara los primeros bautizos masivos en la región, durante los cuales otorgó su propio apellido. Esta característica había sido ya señalada por Gates.

Según García Molina en el libro antes citado una de las razones que explica la permanencia casi única de esos apellidos es lo intrincado del área, que lleva consigo la escasez de vías de comunicaciones y la tradicional endogamia practicada por las familias del lugar. El investigador europeo Milan Pospisil, que estudió la referida población y publicó en 1976 el volumen *Indian Remnants from the Oriente Province – Cuba*, aún se practicaban algunos métodos primitivos de cultivar alimentos como frijoles y viandas, la roza y la quema; todos los habitantes hablan español, pero con algunas tendencias arcaicas, como referir a sus jefes como “caciques.” Hasta años recientes usaban el apellido de la madre antes del padre, representando un legado de prácticas matrilineales. De hecho, según estudios antropológicos, algunas comunidades eran matrilineales hasta menos de la mitad del siglo XX, según las consideraciones de Daniel Torres Etayo en *Táinos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro* (2006).

Por la parte religiosa, de acuerdo con la obra de Pospisil muchas de estas comunidades son católicas o practicantes de religiones afrocubanas, y existen “curanderos” y creencias identificadas con el pasado precolombino. Campesinos de la Ciénaga de Zapata todavía no comen el manjuarí, porque lo creen que trae mala suerte. Ese pez era sagrado para los indios de esta zona. Ellos nunca lo comieron; lo veneraron y creyeron



Duho, silla baja ceremonial taína.

que les enseñaba los mejores lugares para la pesca, según Fariñas Gutiérrez en su texto ya mencionado.

Muchos tienen conciencia de su descendencia y orgullo de sus tradiciones. Elevan la importancia de cuidar y amar la madre tierra, y aun algunos estudian las tradiciones ancestrales, como señala García Molina.

El legado biológico

El creciente número de estudios en poblaciones amerindias, especialmente de los países que hasta ahora habían permanecido inexplorados como los del Caribe insular, está arrojando cada vez con más claridad una idea de la complejidad de los patrones de migración y asentamiento que en muchas ocasiones tiende a desdibujar la visión existente hasta el momento. Los resultados de investigaciones efectuadas en Cuba y la República Dominicana muestran evidencias genéticas que hacen plausible la hipótesis del poblamiento a través del Arco del Caribe. Pues características genéticas presentes en los preagroalfareros cubanos y también en los taínos dominicanos son típicas de América del Sur, por lo que apuntan a una similitud entre caribeños y suramericanos, especialmente con los indios Yanomami, de Brasil.

Un estudio realizado por Mendizabal y sus colaboradores, y publicado en 2008, muestra que en la población cubana actual el 45 por ciento de las secuencias del ADNmt son de origen africano, el 33 por ciento de origen nativo-americano, y el 22 por ciento del oeste de Europa. En cuanto a los haplogrupos del cromosoma Y, el 79 por ciento de los cromosomas analizados pueden ser derivados del componente genético de Europa occidental, mientras que la fracción africana cuenta con el 20 por ciento de los linajes cubanos, y no se encontró contribución genética masculina indocubana.

Esto pone de manifiesto la disparidad de las historias maternas y paternas de Cuba. Los colonizadores europeos eran sobre todo hombres; entre las mujeres esclavas (amerindias y africanas) no pocas solían ser domésticas y era habitual que tuvieran descendencia con sus amos, mientras que los hombres esclavos, aun siendo muchos, tenían tasas de mortalidad muy altas y una desfavorable proporción hombre/mujer.

Por otra parte, la más reciente investigación genética realizada en nuestro país, llevada a cabo por el Centro Nacional de Genética Médica de Cuba y dirigida por la doctora Beatriz Marcheco Teruel, según datos publicados en 2012, ha demostrado a través del empleo de marcadores genéticos informativos para el origen ancestral, realizada en 1 020 individuos cubanos de 137 municipios de todas las provincias, que como promedio el 69 por ciento de los genes de la población cubana actual son de origen europeo, el 19 por ciento de origen africano y el 12 por ciento de origen nativoamericano-asiático.

El origen de los nativoamericanos del Caribe sigue siendo un tema controvertido. A pesar de que la hipótesis más aceptada asigna a estas poblaciones un origen suramericano (Valle del Orinoco), la contribución genética desde las penínsulas de Yucatán o Florida no se puede ignorar. Los resultados también indican que las frecuencias del ADNmt de origen amerindio presentes en la población cubana contemporánea son diferentes a la composición de haplogrupos de las muestras de estudios de ADNmt antiguo de ciboneyes y tainos.

El legado cultural

La influencia lingüística de los indígenas cubanos está presente, no solo en el español de Cuba, sino en la lengua española en general. Según Valdés Bernal, “Uno de los rasgos caracterizadores o identificadores del español hablado en las Antillas Mayores (Puerto Rico, República Dominicana, Cuba), así como del francés, del inglés, del holandés y de sus respectivas modalidades criollas en el rosario de islas antillanas, es el importante legado aruaco, ya que aruacas eran estas lenguas, incluso la de los incorrectamente llamados caribes insulares o kalípunas, de quienes se derivan los actuales garífunas que hoy pueblan parte de la costa atlántica de Nicaragua, Honduras y Belice, llevados allí por los británicos.”

En el español actualmente hablado en Cuba estas palabras no son tan importantes por su cantidad (no rebasan la cifra de 400), sino por su contenido, pues representan realidades de nuestra cultura y de la naturaleza cubana imposibles de sustituir por otros vocablos.

Muchos vegetales, frutas, y otros tipos de plantas llevan nombres de origen precolombino. Frutas de consumo popular como la guayaba, la guanábana y la papaya fueron cultivadas y consumidas primero por los indocubanos. Usamos muchas otras plantas y hierbas conocidas y nombradas por los tainos. Por ejemplo, el guayacán, guácima, yagruma y la manzanilla fueron usados por indocubanos en ceremonias, curaciones y la vida cotidiana, según señala José M. Guarch en *El taino de Cuba: Ensayo de reconstrucción etno-histórica* (1978). Sus usos fueron aprendidos por los primeros españoles e incorporados a la sociedad dominante.

La toponimia cubana es en gran parte de origen precolombino, empezando por “Cuba”. Son numerosos los nombres de origen indígena en sitios del archipiélago cubano, algunos como Habana, Camagüey, Baracoa, Guanabacoa y Guanabo. Otras palabras vienen de objetos, como hamaca, maraca, tabaco, canoa, y barba-coa. Estos objetos son muy comunes no solo en Cuba sino en el mundo entero, y todavía les conocimos por sus nombres aruacos originales.

Valdés Bernal puntualizó que “En fin, muy rico es el aporte de nuestros aborígenes al español que hoy hablamos, aporte que en boca de los españoles se expan-

dió por toda América, ya que al llegar a otras regiones continentales llevaron estas palabras aruacas consigo. Precisamente se considera el aruaco antillano o insular como una de las lenguas indígenas americanas que más enriquecieron el español de este lado del Atlántico, llamado por Martí el lado azul”, que “... nos identifica como nación al hablar una modalidad de la lengua española, lengua común de 21 naciones a ambos lados del océano.”

La influencia taina sobrevive también en la cultura popular. Todavía se cuenta la leyenda del güije (o jigüe), una criatura pequeña de color negro parecido a un duende. Dicen que estos seres viven en los ríos y salen para hacer brujería o diabluras a los humanos. Algunos atribuyen estas historias a la mitología africana, pero había cuentos aruacos de deidades acuáticas juguetonas. Además, “jigüe” se parece mucho a la palabra aruaca *jíwe*, para mono, lo cual puede ser causa de su color oscuro.

Muchos mitos y leyendas de origen indocubano están relacionados con la metamorfosis; entre ellos tenemos la conversión de Yahubaba, las opias del Coabay; Baraguabael, el que siempre escapa; la resurrección de Baibrama; Máca-coel, quien no tenía parpados; Guanaroca, la madre cariñosa.

En las provincias orientales también existen leyendas de los cagüeiros, unos seres que pueden transformarse en mitad hombre y mitad animal, lo que se parece mucho a las transfiguraciones antropomórficas de los mitos e imágenes de origen taino. La leyenda de la Fuente de la Juventud también proviene de una leyenda indoantillana que los españoles tomaron muy en serio.

Como hemos mencionado anteriormente, muchos esclavos africanos traídos a Cuba vinieron de comunidades con un desarrollo parecido al pueblo taino. No es sorprendente encontrar entonces que sus sistemas de creencias tenían aspectos en común con lo antillano. Los hombres, la magia y la naturaleza eran integrados, y lo sobrenatural se manifestaba en la vida cotidiana. Se puede decir que estaban “más vinculados con el ‘más acá’ que con el ‘más allá,’” porque en contraste con el cristianismo, por ejemplo, estas religiones tenían más que ver con la vida cotidiana que con conceptos abstractos como la fe, el carácter personal o la preparación para la muerte, según ya ha señalado Jesús Guanche. Los espíritus no representaban unos conceptos abstractos sino poderes físicos y presentes. Las dos culturas usaban máscaras para demostrar la presencia física de sus deidades y ancestros durante ceremonias espirituales.

En sus deidades, reconocían el poder supremo de la naturaleza y lo personificaban con sus dioses agrí-

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

colas y del tiempo. Daisy Fariñas Gutiérrez destaca en su libro citado, que reflejando su bajo nivel de jerarquía, ambos grupos creían en varias deidades, pero con un “Ser Supremo” central – Babalú Ayé para los yoruba y Yucahuma para los tainos. Como en las sociedades comunitarias, ningún dios tenía poder absoluto o incuestionable. En vez de venerar a los dioses, veían sus deidades como seres imperfectos y vanos que requerían sacrificios y demostraciones de devoción para ser complacidos.

Podemos encontrar evidencia cultural actual del legado aborígen en las religiones afrocubanas de hoy. La música y el baile forman parte esencial de los rituales afrocubanos. Podemos ver que estas ceremonias tienen mucho en común con los areitos tainos. En sí mismo esto no quiere decir que tienen que ver con lo taino directamente, pues también existen rituales similares en muchos otros grupos africanos y amerindios, pero podemos ver que incorporan elementos definitivamente indoantillanos, como las maracas, las conchas y el silbato. El uso de estos instrumentos implica que, en un tiempo, tainos y afrodescendientes pudieron haber celebrado juntos ceremonias, y probablemente compartieron la música y el baile, además de instrumentos físicos. Muy significativamente, el uso del tabaco es fundamental para rituales de las religiones afrocubanas, además de su uso como ofrenda privada a las deidades. Se cree que facilita la comunicación entre los vivos y los espíritus. Sabemos que tenían que haber tomado y aprendido el uso del tabaco de los tainos, pero seguramente también aprendieron su uso espiritual y lo incorporaron a la formación de sus nuevos sistemas de creencias.

El sincretismo es muy evidente en los caracteres de las deidades principales de la religión afrocubana. La mezcla entre los santos católicos y deidades yorubas es indiscutible, pero el estudio de Fariñas Gutiérrez establece vínculos entre estas con representaciones espirituales tainas: la Caridad del Cobre - Ochun y la diosa taina Orehu; Santa Barbara – Shangó - Guabancex, la diosa de huracanes y aguas turbulentas; San Lázaro, o Babalú Ayé, tiene mucho en común con Guahayona.

Consideraciones finales

Valdés Bernal en su artículo “¿Y nuestro abuelo indio dónde está?” publicado en *Antropológicas* no. 36, del 2012, nos plantea: “Cuando los españoles comenzaron la colonización de Cuba en el siglo XVI, ya nuestro terruño estaba habitado por comunidades que poseían diferentes niveles de desarrollo. Durante tantos milenios de ocupación del archipiélago cubano antes de la llegada de los europeos, tuvieron que desarrollarse varias

culturas. Por eso no debe sorprendernos que al entrar en contacto los peninsulares con los indocubanos, en el siglo XVI, estos tenían un completo conocimiento de su entorno, al que habían logrado adaptarse plenamente y aprovecharlo en beneficio propio. Y esa fue la gran ventaja con la que contaron los españoles, pues se apropiaron de esos conocimientos, los hicieron suyos, y así, sucesivamente, otros inmigrantes voluntarios o involuntarios, como los esclavos africanos y los culíes chinos, por ejemplo.”... “En fin, todos esos conocimientos se los debemos hoy a nuestros abuelos indios.”

¿Por qué se ignora, se niega, o se disminuye la importancia del legado aborígen en Cuba? A través del tiempo y hasta nuestros días se conformó esa historia en la cual no se preserva la cultura de los aborígenes que sobrevivieron a la conquista. Sin embargo, en el estudio y reconocimiento de la influencia de la población originaria de Cuba resalta con vehemencia otro de los componentes de nuestra cultura y de nuestra identidad.

Cuando hablamos de la “cubanidad”, se menciona la parte aborígen como una nota al margen, sin dar importancia a su legado actual. El sabio cubano don Fernando Ortiz reconoció el valor de las culturas oprimidas en la sociedad cubana, pero casi omitió la influencia indígena en la cultura de hoy. Como afirmó Jesús Guanche en *Componentes étnicos de la nación cubana* (2008), se supone que el ajiaco cubano no incluye casi nada del indígena, aunque irónicamente el ajiaco era un plato taino.

El exterminio casi total de la población originaria de Cuba fue horrible, pero hubo sobrevivientes que lograron pasar su cultura, además de sus genes, hasta nuestros días, y por diversas razones y presupuestos erróneos, incluso provenientes de destacados científicos e investigadores, se ha ignorado esta herencia en la identidad cubana.

Pero esto no significa que no podamos recuperar la conciencia del legado indígena en la identidad cubana. En diferentes países cada día está siendo más reevaluada la identidad originaria – en el idioma, la medicina, el arte, etc. Cuba no debe ser excepción. Si bien no podemos considerar la existencia de una minoría étnica indígena como tal, es importante reconocer que sí hay un legado que no deber seguir siendo ignorado o sepultado en la lejanía del tiempo. Si la “cubanidad” es la conciencia y la voluntad de ser cubano, es cardinal identificar y reconocer todas las culturas que constantemente nos han influido y que nos están construyendo y reconstruyendo continuamente.